

El montañés

Mario estaba entusiasmado con la aventura que realizaría. En dos días estaría subiendo el Cerro Aconcagua como nadie nunca lo había hecho, lo haría sin escalas, parando una sola vez cuando hiciera cima en el “Coloso de América”, en un puesto llamado “El Durmiente”.

Le habían contado hace tiempo que en ese puesto vivía un viejo con su perro que atendía de una manera extraordinaria a sus huéspedes, y que cocinaba muy rico, también que disfrutaba cuando sus invitados probaban sus formas innovadoras de dar sabores únicos a sus preparaciones. Entonces el reto era doble, hacer cima y llegar a ese lugar tan mencionado.

Finalmente el día llegó, y en su camioneta, Mario partió a las 5, para poder comenzar a subir a las 7. Cuando llegó a su destino hacía más frío del que había calculado, pero sin darle mucha importancia y sabiéndose gran escalador, emprendió su camino hacia la casa del viejo. Empezó con gran velocidad y entusiasmo, pero por alguna razón olvidó que al cabo de unos metros subidos comenzaría a quedarse sin oxígeno.

Para que la noche no lo tomara en sus brazos hasta dejarlo sin calor, apuró el paso con gran esfuerzo, y finalmente vio una luz montada en una estructura de madera de un color oscuro que daba sensación de calidez en el cuerpo del escalador. Como insecto nocturno que se dirige a la luz sin pensarlo, se acercó a la fuente de energía y descubrió una puerta que tocó con tres golpes apresurados, que en la madera húmeda no sonaron muy fuerte. La puerta se abrió, pero del otro lado no se veía nadie.

El escalador, sintiendo mucho frío, entró rápido en la casa y juntó lentamente la puerta, que rechinó hasta que hizo un “cloc”. Ahora que estaba dentro de la cabaña de piso de madera polvoriento, se sintió seguro y sin miedo a la muerte. Caminó cuidadosamente por

la casa y comenzó a buscar al anciano con el perro a sus pies, pero nada encontró, solo una chimenea con cenizas viejas.

Empezó a remover los restos de papel y madera para luego intentar encenderlo con alguna chispa de las dos piedras de cuarzo que estaban a su lado, pero en cambio recibió una sorpresa... en uno de los papeles de diario logró leer una nota que decía: "...un puesto llamado "el durmiente" se vio afectado por incendio forestal del 12 de jun..."

El resto de la nota era ilegible, ya que el papel estaba quemado, pero con eso le alcanzó a Mario para saber que algo no andaba bien. Escuchó unos pasos detrás de sí, y con velocidad se volteó. En frente suyo estaba parado un anciano que mascaba coca para no apunarse, y en sus pies había un perro negro que gruñía mostrando cada uno de sus dientes filosos. El viejo observó a su invitado inesperado y tras un suspiro, comenzó a decir:

- Pobre joven, lamentablemente has llegado a mí como un nuevo huésped, y es algo que no deseaba para nadie.
- Pero... ¿por qué me dice esto? Yo no creo que sea tan mal huésped, además no le provocaré problemas - dijo Mario con algo de desaliento en su cara.
- No siento lástima por mí, sino por ti. Hace ya años que este puesto está quemado, junto conmigo y con mi perro. Y si usted llegó acá no debe ser porque logró sobrevivir a la oscura y fría noche que se recuesta sobre esta tierra.

Mario sintió un nudo en la garganta, pero sólo era una ilusión, ya que su garganta seca estaba congelada al igual que el resto de su cuerpo, tapado con nieve y sin sangre corriendo por sus venas.

Víctor Gutiérrez